

dados sobre tales principios, sufrirán revoluciones» (1). Se ve que la antigua monarquía y la antigua Iglesia estaban advertidas; si no escuchan las reclamaciones de la filosofía, la fuerza les arrancará lo que se niegan á conceder voluntariamente. Permanecieron sordas á la voz de los libres pensadores. Aun hoy persiste semejante obstinación. No se trata ya de privilegios; la noche del 4 de Agosto los ha destruido para siempre; pero el eterno enemigo de la razón y de los derechos, la Iglesia, se agita y trata de matar la libertad tomando las apariencias de la libertad. Lo predecimos sin temor de ser malos profetas: la Iglesia corre á su ruina. Ella no escuchará y la prediccion se realizará.

N.º 4.—*La falsa libertad.*

I.

Creemos que la autoridad de la antigüedad ha extraviado á la revolucion como ha extraviado á la filosofía. ¿Cuál no es el prestigio de esta palabra sagrada *libertad*? En nombre de la libertad combatía el pueblo contra la aristocracia en las repúblicas griegas. En nombre de la libertad tambien lucharon en Roma los plebeyos durante siglos por alcanzar derechos iguales á los de las clases dominantes. ¿Cómo no creer que aquella libertad era la verdadera libertad, cuando los más bellos genios de Grecia y de Roma la habian celebrado, cuando hombres admirados por la posteridad como tipos de heroísmo habian derramado su sangre por darla á su patria? La influencia de la antigüedad sobre los filósofos y sobre los hombres de la Revolucion no puede ser negada. Pero importa precisar su trascendencia y su carácter.

Un escritor católico perteneciente al alto clero ha tratado de concitar al mundo ortodoxo contra la literatura de Grecia y de Roma, presentando las obras maestras de la antigüedad como el veneno que habia infectado á las jóvenes generaciones desde el Renacimiento (2). Monseñor Gaume imputa á la litera-

(1) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Gobierno*, seccion VI.

(2) Véase más atras, p. 89 y sig. de esta edicion castellana.

tura griega y latina los errores de la filosofía y los excesos de la Revolucion. Ya estamos de acuerdo con un abate. Es inútil protestar que esto no es más que en apariencia. ¿Cuál es la gran censura que monseñor dirige á los antiguos, á los filósofos y á los revolucionarios? La filosofía del siglo XVIII, responde monseñor Gaume, es el racionalismo. ¡Extraño vicio de una escuela filosófica, ser racionalista! ¿Se quiere que la filosofía, que no existe más que por la razón, rechace á la razón? Si tal es el crimen de los libres pensadores, ya comprendemos por qué el abate frances se encarniza contra la antigüedad griega y latina. En primer lugar, la antigüedad es en esencia el paganismo; ahora bien, para un católico sincero, la religion pagana se confunde con el imperio de Satanás; y ¿qué es el imperio de Satanás? El culto de la razón. ¿Cuál es pues, en definitiva, el pecado original de la antigüedad? El libre pensamiento. El Renacimiento ha trasmitido este veneno á la Europa moderna. Hé aquí el origen del mal. Declarando una guerra á muerte á la literatura griega y latina, monseñor Gaume quiere, pues, destruir el libre pensamiento. Tal es el *delenda Carthago* de que se ha hecho el Caton (1).

Lo que es un crimen á los ojos de los católicos, es, en nuestra opinion, la gloria inmortal de la antigüedad. No le envidiamos sus democracias, sino su libertad de pensar. En cuanto á sus repúblicas, aún las mas ilustres, confesamos que no han conocido la verdadera libertad, que la han confundido con la igualdad y la soberanía. Reconocemos tambien que esta falsa nocion de la libertad es un verdadero veneno del que es preciso evitar se alimenten las jóvenes generaciones. ¿Quiere decir esto que sea preciso desterrar de nuestros colegios el estudio del griego y del latin, ó que al ménos se deban proscibir las obras maestras clásicas para reemplazarlas con los Padres de la Iglesia, cuyo mal gusto, fruto inevitable de la decadencia universal de la civilizacion antigua, ha criticado Fenelon? No son Homero ni Virgilio los culpables, sino la ignorancia del verdadero genio de la antigüedad. La ignorancia desempeña un papel más grande de lo que se cree en los negocios humanos. Se admira lo que apenas se conoce, y se reprueba lo que no se conoce tampoco.

(1) MONSEÑOR GAUME, *La Revolucion*, t. VIII, p. 1, 3, 224.

Si se estudiase seriamente la historia de las repúblicas antiguas, este estudio, lejos de ser un veneno para la juventud, sería un contra-veneno. En efecto, enseñaría á las naciones modernas que la libertad tan decantada de la Grecia y de Roma estaba viciada en su esencia, hasta el punto de que entre los griegos condujo á la disolucion de las ciudades y á una vergonzosa tiranía, y entre los romanos, al imperio, es decir, á la tumba de toda libertad, de toda dignidad humana. Tal vez esta experiencia de las antiguas edades serviría para contrapesar en ciertos pueblos influencias de raza y de tradición, mucho más poderosas que los recuerdos de clase que obran solamente sobre una pequeñísima minoría. Hemos combatido en todo el curso de nuestros *Estudios* el falso prestigio que se atribuye á las repúblicas antiguas. Vamos á ver que la libertad mal comprendida extravió á la filosofía del siglo XVIII, y en su consecuencia, á la Revolucion.

## II.

Sabida es la admiracion que el Renacimiento profesó á la antigüedad clásica. Entre los pueblos de origen alemán, la influencia de la sangre germana y del protestantismo contrapesó esta pre-ocupacion. La Francia era latina por su civilizacion, su tradicion, su genio; ésta es la razon porque la Reforma, que habia nacido alemana, no echó en ella jamas profundas raíces. Se entregó completamente al culto de los antiguos. Citarémos un curioso testimonio de esta idolatría: los adoradores de la Virgen y de los Santos no eran más supersticiosos. En el siglo XVII, Balzac presentó á la antigüedad como el paraíso de la cultura intelectual y moral. «Confesémoslo, dice: los grandes dones de Dios han sido concedidos al principio, y aunque su brazo no sea más corto que ántes, sus manos están menos abiertas que estaban. Ademas del derecho de primogenitura que la antigüedad tiene sobre los últimos tiempos, ha tenido otras ventajas que han concluido con ella, y que no se han encontrado en su sucesion. *Tuvo virtudes de que no es capaz nuestro siglo. No podemos ser hoy como los Camilos y los Catones; no somos de la talla de aquellos hombres. En lugar de excitar nuestro valor, desesperan nuestra ambicion.*»

Los antiguos son, pues, una raza aparte, privilegiada entre todas. Admira oír semejante lenguaje en medio de un siglo que se celebra como la edad de oro del catolicismo frances; ¿no probará esto que la religion solamente estaba en la superficie? Los hombres de letras adoraban más bien á Grecia y á Roma que á Cristo. Hablamos de adoracion; la palabra es de Balzac: «*Adoremus á aquellos grandes muertos y dirijamos nuestro incienso á donde se encuentran sus templos.... Es menester adorar sus reliquias.... Sería una satisfaccion sin igual saber las cosas que se decian entre Escipion y Lelio, Atico y Ciceron y demas hombres de bien de cada siglo. Nacidos en el imperio, educados en los triunfos, habiendo visto desde su infancia arrastrar por las calles reyes cautivos, y á otros reyes suplicando y solicitando, no podian guardar ningun sentimiento bajo en sus almas, conmovidas y purificadas por semejantes espectáculos. Hasta la hez de semejante pueblo era preciosa.*»

Hombres tan privilegiados no podian producir más que obras maestras. «No permitiréis á vuestro espíritu, dice Balzac, que le parezca malo, ni áun mediano, nada de lo que procede de la antigüedad. Hé aquí uno de nuestros dogmas que he aceptado hace mucho tiempo; es una especie de sacrilegio no estimar bastante á los antiguos... No digamos que se extravian; digamos que no podemos seguirlos; que las águilas vuelan muy alto, y que los hombres las pierden de vista.» No hay en estas palabras ni un átomo de cristianismo; y sería ridículo pedir á Balzac un sentimiento propio de la Edad Média, edad católica por excelencia; para él aquella época es una edad de *barbarie*, durante la cual reinaba una *oscura noche*; celebra á los protectores de las letras, los Médicis y los Valois, «los cuales fueron enviados por providencia divina para arrojar á los bárbaros y desenterrar la luz de la antigüedad» (1).

Balzac no es una figura singular, un partidario del renacimiento resucitado en el siglo XVII; es el órgano de los sentimientos generales de la nacion; solamente le es propia la afectacion. ¿Qué resultado debia dar entre los literatos semejante fanatismo por los antiguos, y sobre todo por Roma? Se convirtieron en ciudadanos de la ciudad eterna. En el siglo XVIII los padres jesuitas publica-

(1) BALZAC, Prólogo del *Sócrates cristiano y el Príncipe*, cap. XII y XIII.

ron una Historia de Roma en veinte y un volúmenes en 4.º Según ellos, es una historia nacional. Ven en los franceses un pueblo empalmado á continuacion del pueblo romano, como el pueblo tártaro sobre el chino. «Hasta la lengua, dicen, que hablamos hoy al cabo de trece siglos, no es más que una degeneracion de la suya. En esta misma fuente hemos bebido nuestras artes, nuestras ciencias, nuestro gusto, nuestras leyes, nuestra jurisprudencia, la administracion de nuestra hacienda, nuestra disciplina militar, nuestra táctica, y no hemos dejado de ser bárbaros sino á medida que nos hemos hecho romanos. Si hoy aspiramos á ser sus émulos, debemos nuestras pretensiones á sus lecciones, á sus ejemplos, á nuestras relaciones íntimas con ellos. Nuestros más grandes hombres en todo género han sido los que mejor los han conocido y copiado» (1).

Estas exageraciones de erudito tienen un fondo de verdad. Los franceses son realmente el más romano de los pueblos modernos. El mal estuvo en que vieron un ideal en la libertad de Roma, lo mismo que en su literatura. En el siglo XVIII, ese siglo tan desdeñoso de lo pasado, la admiracion de los antiguos subsistió al lado del desprecio de la Edad Media. Voltaire escribe á la duquesa del Maine: «A nosotros, señora, nos toca conservar las chispas que aún quedan entre nosotros de esa luz preciosa que nos han transmitido los antiguos. *Se lo debemos todo.*» Cuanto más se maldijo la edad cristiana, más se aficionaron á la antigüedad. «El sacerdote de la Edad Media, dice Helvetius, se apoderó de la autoridad, y para conservarla, desacreditó la verdadera gloria y la verdadera virtud; no consintió que se honrase á Minos, á Codro, á Licurgo, á Aristides, á Timoleon... ¡Oh teólogos venerables! ¡oh animales!...» (2). D'Holbach es igualmente fanático por la antigüedad, y defiende su fanatismo contra los detractores de los antiguos: «No calificuemos de insensato el entusiasmo de esos genios grandes y benéficos que nos han curado de nuestros errores. Derramemos lágrimas sobre las urnas de Sócrates y de Focion; lavemos con nues-

(1) ROUILLÉ, CATROU Y ROTHE, jesuitas, *Historia romana*, t. XXI, *Prólogo*, página 21.

(2) HELVECIO, *Del Hombre*, seccion I, cap. IX.

tro llanto la mancha que su suplicio ha echado sobre el género humano... Adoremos las virtudes de Tito, de Trajano, de Antonino y de Juliano» (1).

Habia en la predileccion hácia los antiguos un fondo de oposicion contra el cristianismo. Pero habia tambien una influencia de raza y de tradicion. Por esto los franceses siguieron siendo romanos durante la Revolucion, despues que los acontecimientos de 1789 y 1793 hubieron trastornado la Francia totalmente. La simpatía de la nacion hácia la civilizacion latina persiste hoy todavía. En vano se le dice que los pueblos germanos son los que la han librado del despotismo del imperio; en vano los historiadores y publicistas demuestran que los hombres del Norte nos han traído el espíritu de libertad; los franceses siguen opinando como el pueblo rey; califican de bárbaros á los vencedores de Roma: deploran la invasion; maldicen el feudalismo; ensalzan el Renacimiento; atribuyen al elemento romano cuanto la Europa moderna contiene de grande y de bello. Citarémos un testimonio tan importante como curioso de esta ciega admiracion de las cosas romanas, el de un sabio académico: «Por muy corrompidos que estuviesen los romanos, dice Guérard, valian más que sus enemigos, pueblos feroces, para los cuales era una ventaja el ser subyugados por Roma. Azotes del Occidente, no han traído nada bueno á los pueblos vencidos, ni aún el espíritu de libertad. Ya en sus bosques los germanos, léjos de disfrutar altiva independencia, se apresuraban á ponerse á las órdenes de un jefe... De estas relaciones nació, despues de la conquista, el vasallaje, el feudalismo con sus distinciones degradantes... Salidos de los bosques, ¿podian los bárbaros traer otra cosa que la barbarie? ¿Cuándo ha renacido la civilizacion? Cuando, despues de la larga decadencia que siguió á la invasion, los pueblos fueron insensiblemente desechando lo que tenían de germánicos» (2).

En el siglo XVIII la Francia repudió el pasado cristiano; en el XIX rechaza la sangre bárbara que corre por sus venas. ¿Qué

(1) *Sistema de la Naturaleza*, t. I, p. 298.

(2) GUÉRARD, *Polyptico de Irminón*, t. I, p. 199 y sig., 275 y sig.—*Biblioteca de Pécole des Chartes*, 2.ª serie, t. IV, p. 378.

queda? El elemento romano. Prueba de que hay un lazo profundo entre la civilización francesa y la civilización latina. Ahora bien, el concepto que los griegos y romanos se formaban de la libertad era un fruto del genio antiguo. Los franceses, educándose en los mismos sentimientos y en las mismas ideas, debían venir á parar á las mismas doctrinas sociales. Así sucedió con los filósofos del siglo XVIII. Sabida es la admiración de Rousseau hácia los antiguos, y principalmente hácia Esparta y Roma. ¿Y qué es lo que admira entre los espartanos y los romanos? No son las bellas letras; apenas se las cultivaba en Roma, y ménos aún en Esparta; Rousseau, como digno sectario de Licurgo, profesaba un soberbio desden hácia la literatura y la filosofía. Quien merece todas sus simpatías es el legislador espartano. Considera su institución como sublime, porque cree encontrar en ella su teoría de la soberanía. Lo que le seduce es la libertad tal como los antiguos la entendían; aquella libertad, según él, ha elevado á los antiguos por encima de la naturaleza humana. «Cuando se lee la historia antigua, se cree uno trasportado á otro universo y en medio de otros seres. ¿Qué tienen de comun los franceses, los ingleses, los rusos, con los romanos y los griegos? Casi nada más que la figura. Las almas grandes de éstos parecen á los otros exageraciones de la historia. ¿Cómo ellos, que se sienten tan pequeños, han de pensar que ha habido tan grandes hombres? Sin embargo, existieron, y eran humanos como nosotros. ¿Qué es lo que nos impide el ser hombres como ellos? Nuestras preocupaciones, nuestra baja filosofía y las pasiones del interés mezquino concentradas con el egoísmo en todos los corazones por instituciones ineptas que el genio no dictó jamás» (1).

¿Cuál fué el espíritu de las instituciones de Licurgo? Rousseau nos lo dice: veamos si era la libertad. «Licurgo se propuso legislar para un pueblo ya degradado por la servidumbre y por los vicios que produce. Le impuso un yugo de hierro, tal cual no lo sufrió jamás ningún pueblo; pero lo unió, lo identificó, por decirlo así, á su yugo. Le hizo ver incesantemente la patria en sus leyes, en sus juegos, en sus amores, en sus festines; no le dejó solo ni por un momento, y de aquella *continua presión* nació en él

(1) ROUSSEAU, *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, c. II.

aquel ardiente amor de la patria, que fué siempre la más fuerte, ó más bien la única pasión de los espartanos, y que hizo de ellos seres superiores á la humanidad.» Por esta razón, los frailes, y los jesuitas sobre todo, serían también seres superiores á la humanidad, porque su institución es la de Licurgo. Convengamos en que, si son más que hombres, también son ménos que hombres, porque han dejado de ser libres para convertirse en máquinas.

Sin embargo, Rousseau es entusiasta por la libertad; pero su libertad no es más que la igualdad y la soberanía. Quiere trasplantar este ideal á los pueblos modernos. Para esto es menester naturalmente que los modernos se conviertan en antiguos. ¿Qué quiere decir esto? Los antiguos no sabían lo que era la existencia individual, al paso que los pueblos modernos lo refieren todo á su individualidad. Rousseau quiere que se «acostumbre á los hombres á no considerar jamás á su individuo más que por sus relaciones con el cuerpo del Estado, y á no apercibirse de su propia existencia más que como una parte de la suya; entónces llegarán á identificarse con ese gran todo, á sentirse miembros de la patria, á amarla con ese sentimiento exquisito que todo hombre aislado tiene solamente para sí, y á trasformar así en una virtud sublime aquella disposición peligrosa de donde nacen todos nuestros vicios» (1). El egoísmo es ciertamente la raíz de todo mal; pero el individualismo no es el egoísmo: es, por el contrario, el principio de nuestro desenvolvimiento, de nuestra fuerza, de nuestra libertad. En la doctrina de los antiguos, que Rousseau admira tanto, el hombre se convertía en un engranaje de una máquina; no le quedaba ninguna libertad de acción, ni aún la libertad interna. Rousseau vino á parar á los mismos excesos, como lo diremos más adelante.

Se acusa á Mably de haber excedido á Rousseau, como hacen de ordinario los discípulos medianos que exageran los defectos de un maestro de genio; si se le hubiese dejado obrar, se dice, hubiera sometido á la Francia al régimen de la salsa negra, y hubiera enseñado á las mujeres la carga en once voces. Verdad es que Mably es un espartano de pura raza. Proclama á Licurgo co-

(1) ROUSSEAU, *Discurso sobre la economía política*.

mo el más grande de los hombres. Un Dios, dice, dictó sus leyes: «¿Qué sociedad ofreció jamás á la razón un espectáculo más noble, más sublime que Lacedemonia? Durante cerca de seiscientos años, las leyes de Licurgo, las más sábias que se han dado á los hombres, fueron allí observadas con la fidelidad más religiosa. ¿Qué pueblo tan entusiasta por todas las virtudes, como los espartanos, dió jamás ejemplos tan grandes, tan continuos, de moderación, de paciencia, de valor, de magnanimidad, de templanza, de justicia, de desprecio de las riquezas y de amor á la patria y á la libertad? Leyendo su historia nos sentimos reanimados; si aún tenemos en el corazón algún gérmen de virtud, nuestra alma se eleva y parece querer franquear los límites estrechos en que la corrupción de nuestro siglo nos retiene» (1). La libertad figura siempre en los cuadros de fantasía que los admiradores de Esparta hacen de sus instituciones. ¡Extraña libertad, que, según la expresión de Rousseau, se traducía en una *violencia absoluta!* Mably abunda en estas ilusiones; celebra todo cuanto se hacía en Esparta; quiere que los pueblos modernos lo imiten todo, que dejen á un lado su comercio y su industria, que vuelvan á usar la moneda de hierro y que vivan aislados y pobres (2). Por tanto, ni desenvolvimiento intelectual, ni desenvolvimiento material, ni relaciones comerciales, ni comunicaciones de ninguna especie. Este pretendido ideal ¿no será el embrutecimiento, la muerte de la inteligencia y del alma?

Mably y Rousseau no encontraron muchos partidarios de la salsa negra. Pero, si la pobreza espartana no tentó al siglo XVIII, no sucedió lo mismo con la libertad tal cual se practicaba en las repúblicas antiguas. Todo el mundo estaba apasionado por ella, hasta los padres jesuitas. En su Historia de Roma, dedicada á Luis XV, se lee un entusiasta elogio de la constitución romana: «Todo ciudadano tenía allí parte en el gobierno público; la libertad unía todos los corazones, todos los intereses; los menores plebeyos miraban los asuntos del Estado como sus negocios per-

(1) MABLY, *Del Estudio de la historia*, 3.<sup>a</sup> parte, c. v.—*Diálogos de Focion*, II.—*Observaciones sobre la historia de la Grecia*, lib. IX.

(2) IDEM, *De la Legislación ó Principios de las leyes*, lib. I, cap. I; lib. II, capítulo I.

sonales; todo ciudadano, aún cuando fuese plebeyo, se creía superior á los monarcas más poderosos.» Los reverendos padres no sospechaban que predicaban la república á los súbditos de Luis XV. ¿A qué conducía, en efecto, el culto de la antigüedad? A idealizar la democracia como la mejor, como la única forma legítima de gobierno. Podríamos enumerar mil testimonios de la predilección que los admiradores de la antigüedad tenían por la república. Para no hacer demasiado extensas estas investigaciones, nos limitaremos á citar á Maquiavelo, el príncipe de los escritores políticos que proceden de Roma.

El siglo XV era idólatra de la antigüedad; pero su culto era por las letras y por las artes. Maquiavelo reprende á sus contemporáneos, porque no piensan en imitar lo más perfecto que hay entre los antiguos, sus repúblicas. «Cuando considero, dice, el respeto que se profesa á la antigüedad; cuando veo con gran frecuencia, por no citar otro ejemplo, comprar á elevado precio un fragmento de alguna antigua estatua para tenerlo consigo, para hacer de él el adorno de su casa y para hacerlo imitar por los que aman las artes; cuando veo después á los artistas poner todo su cuidado en copiarlo, y por otra parte, veo en la historia los actos más sublimes de virtud llevados á cabo por la antigüedad, más bien admirados que imitados, ¡qué digo! hasta tal punto desdeñados por todo el mundo, que no queda ya vestigio alguno de aquella antigua virtud, no puedo ménos de admirarme y de lamentarme. Tengo tanto más motivo para ello, cuanto que se invoca á la antigüedad sobre varios puntos, tales como la medicina y las leyes civiles, y cuando se trata de constituir las repúblicas, de conservar los Estados, de gobernar los reinos, de aumentar los imperios, no se halla príncipe, ni república, ni ciudadano que recurra al ejemplo de los antiguos.»

Maquiavelo se pregunta cuál es la causa de esta inconsecuencia del espíritu humano. En primer lugar la atribuye á la educación. Estaba dirigida por la Iglesia, y sabido es que Maquiavelo no era de la opinión de los apologistas modernos; lejos de pensar que el catolicismo fuese la religión de la libertad, estaba dispuesto más bien á creer que el catolicismo era incompatible con la libertad. Maquiavelo añade que la ignorancia entra por mucho en la indi-

ferencia de los hombres por las lecciones que les ofrece la antigüedad. Se lee la historia por pura distracción, sin pensar en buscar en ella una enseñanza. Además, hay en los espíritus un natural decaimiento; se cree que es imposible la imitación de la antigüedad, como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres, hubiesen cambiado de movimiento, de relación y de poder y si no fuesen los mismos hoy que ayer. Maquiavelo escribió sus *Discursos sobre Tito-Livio* (1) por excitar á los hombres á sacudir este estúpido.

Maquiavelo dice, lo mismo que Rousseau, que es preciso imitar á los antiguos: es, según su opinión, una condición de salvación. Es inagotable en sus alabanzas de los romanos; es igualmente pródigo en censuras contra el siglo en que vive. «Si, dice, la virtud, que reinaba en aquel tiempo, y el vicio, que todo lo mancha en nuestros días, no fuesen más manifiestos que la luz del sol, hablaría con más reserva; pero la cosa es tan evidente, que salta á los ojos. Yo me atreveré, pues, á exponer sin rodeos lo que pienso acerca de aquellos tiempos y de los nuestros, á fin de que el espíritu de los jóvenes que lean mis escritos pueda evitar el ejemplo de los unos y tratar de imitar el de los otros cuantas veces la fortuna les ofrezca ocasión» (2).

¿Qué debemos imitar en los antiguos? Ante todo, la República. Maquiavelo no oculta sus simpatías por los gobiernos democráticos. «La historia prueba, dice, que un Estado no crece en riqueza ni en poder más que bajo un gobierno libre, y que el bien general no se consigue más que en los Estados populares. Cada ciudadano se apresura á adquirir y á aumentar una fortuna cuando está seguro de conservarla; y todos, en competencia unos con otros, trabajan por el bien general por el hecho de que se ocupan de su provecho particular. Lo contrario sucede con el gobierno de un príncipe; generalmente su interés particular está en oposición con el del Estado. Así que, cuando un pueblo libre es esclavizado, el menor mal que puede sucederle sería el verse detenido en sus

(1) MAQUIAVELO, *Discurso sobre la primera década de Tito-Livio*, lib. I, al principio.

(2) IDEM, *Discurso de Tito-Livio*, segunda década, prólogo.

progresos y el de no aumentar ni su riqueza ni su poder; generalmente decae» (1).

Hay una gran verdad en estas palabras; las ciudades italianas eran una prueba evidente de ella. El egoísmo es esencial en la monarquía, y vicia cuanto toca. Esto es cierto, principalmente en la monarquía absoluta. ¿Pero no puede también ser la República absoluta? ¿Qué es, en definitiva, la libertad democrática, de que Maquiavelo es tan entusiasta? La libertad de los antiguos, es decir, la igualdad. El mismo gran político nos dirá si los derechos de los ciudadanos están garantizados en su Estado popular: «No hay libertad sin igualdad.» Hé aquí la máxima fundamental de Maquiavelo. ¿Y qué se necesita para que reine la igualdad? Es preciso desterrar de la República á todos aquellos que son enemigos de la igualdad; es preciso *amularlos á todos*, dice en términos enérgicos el publicista italiano. No lo dice en pura teoría. «Para fundar una República en Milan, añade, en donde reina una gran desigualdad entre los ciudadanos, sería preciso destruir toda la nobleza y humillarla bajo el nivel de la igualdad» (2).

Hé aquí las ideas del 93 sobre la aristocracia: Sièyes, cuando quería expulsar á todos los nobles, era indudablemente discípulo de Maquiavelo; y si realmente no hay libertad sin igualdad, preciso es decir que los demócratas tienen razón en desterrar á los aristócratas de su República. ¿Pero se detendrán en la nobleza? ¿La riqueza no compromete la igualdad lo mismo que los privilegios de nacimiento? Maquiavelo conviene en ello; llama gentiles hombres á todos aquellos que viven, sin hacer nada, del producto de sus posesiones; aquellos que no se dedican ni á la agricultura, ni á ningún oficio ó profesión. Es preciso, pues, destruir á todos los que viven de sus rentas (3). Confesemos que la expulsión de todos los ciudadanos que llegan por medio de su trabajo á la riqueza es un medio bien extraño de aumentar la riqueza y el poder del Estado. No hablamos de la libertad. ¿Puede tratarse de libertad en una sociedad que destierra de su seno á todos aquellos

(1) MAQUIAVELO, *Discurso sobre Tito-Livio*, lib. II, c. II.

(2) IDEM, *Discurso sobre Tito-Livio*, lib. I, c. LXV.—*Discurso sobre la reforma de la constitución de Florencia*.

(3) IDEM, *Discurso sobre Tito-Livio*, lib. I, c. LV.

que se enriquecen? Si la riqueza perjudica á la igualdad, el talento, la virtud, ¿no pueden excitar la envidia, los celos, el temor? ¡Será preciso, pues, desterrar á Aristides porque es justo, y dar la cicuta á Sócrates porque corrompe á la juventud! Es inútil continuar nuestras suposiciones. Desgraciadamente no son hipótesis. Esta es la historia de Grecia y de Roma: primeramente, lucha entre el pueblo y la aristocracia de raza; la nobleza vencida, destruida ó desterrada; despues, guerra de los pobres contra los ricos, disolucion de las ciudades, tiranía ó cesarismo, decadencia y muerte. La Italia, con sus brillantes ciudades, repitió esta triste experiencia. Vale la pena de que la democracia moderna medite sobre ello. Si se obstina en buscar la libertad en la igualdad, conducirá á los pueblos al abismo en donde han perecido las repúblicas de Grecia, de Roma y de Italia. En ese caso renacerá la era de los Césares, es decir, la era del despotismo y de la decrepitud. Y ni siquiera se tendrá el derecho de maldecir á los Césares, porque el cesarismo es el imperio de la fuerza; ahora bien, cuando la lucha de los pobres contra los ricos ha destruido todos los lazos sociales, cuando la anarquía amenaza matar el resto de vida que queda á las naciones, la necesidad de conservarse las lleva á invocar la fuerza, porque la fuerza es el único medio de impedir que perezca la sociedad. ¡Piensen bien en ello los demócratas: son los precursores de César!

## § II.—La escuela de la libertad.

### N.º 1.—Montesquieu.

«Montesquieu, dice Voltaire, ha hecho recordar por todas partes á los hombres que son libres; presenta á la naturaleza humana sus títulos que ha perdido en la mayor parte de la tierra» (1). Se ha dicho que el elogio es exagerado. En cierto sentido es cierto que Montesquieu ha vuelto á encontrar los títulos del género

(1) VOLTAIRE, *Ideas republicanas*, LI, (Obras, t. XXVI, p. 206.)

humano, pero hay que añadir que no siempre se atrevió á hacerlos valer. Tengámosle en cuenta lo que ha hecho, y aprovechémosnos de sus debilidades, no para imitarlas, sino para ser más atrevidos que él. Cuando se ha reconocido la verdad, es un deber proclamarla muy alto, sin consideracion alguna á las preocupaciones. Montesquieu ha descubierto la verdad sobre la gran cuestion que nos ocupa, y Voltaire tiene razon en decir que es su título de gloria. Pero el autor del *Espíritu de las leyes* era más bien historiador que filósofo; como historiador, buscaba la razon de ser de todas las instituciones que encontraba en su camino, lo cual conduce fácilmente á justificarlas. Este es el escollo en que tropezó Aristóteles cuando trató de legitimar la esclavitud. Montesquieu es de la misma familia; ésta es la causa de su debilidad, pero también el principio de su grandeza.

Hemos dicho el error que extravió á la Revolucion: confundió la libertad con la soberanía, con la igualdad de poder; desde aquel momento se hallaba en la pendiente del despotismo, y á él fué á parar. Si se hubiese inspirado en Montesquieu en lugar de inspirarse en Rousseau, hubiera evitado este escollo. Empieza por decir que los hombres atribuyen ideas muy contradictorias á la palabra *libertad*. Lo que era verdad en el siglo XVIII lo es todavía hoy; pudiera añadirse, sin demasiada murmuracion, que para la mayor parte de los que hablan constantemente de libertad y la tienen siempre en los labios, no es más que una palabra. Hay, dice Montesquieu, quienes llaman *libertad* á la facilidad de deponer á aquel á quien habian conferido un poder tiránico; pero si deponen al tirano, y si conservan la tiranía, ¿serán acaso más libres? Otros creen que la libertad consiste en la facultad de elegir á aquel á quien deben obedecer; pero si una vez elegido le deben completa obediencia, ¿en qué será más favorable á la libertad aquel tirano electivo que un tirano hereditario? Montesquieu continúa burlándose de paso de cierto pueblo que ha tomado durante largo tiempo la libertad por el uso de llevar la barba larga; los moscovitas estaban seguramente en un error al creerse libres por el mero hecho de llevar la barba larga; pero tuvieron razon en acusar de despotismo al czar Pedro cuando se la hizo cortar. Un error más extendido es el que refiere la libertad á una sola forma